

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 20 DE JULIO DE 1924

NÚM. 20.428

A OCHO DIAS VISTA

Leyendo a Publio Siro



EN el menor pesar hemos vuelto la espalda a *Miles gloriosus* por una temporada, que será más corta de lo que quisiéramos, dejándole entregado a la épica vanidad del histrión, que confunde el ruido con la gloria. A los ecos de sus homilias y de sus arengas hemos preferido los rumores del mar, que bate fieramente este rincón de la costa vasca. Nueve meses del año se nos van añorando un breve reposo en la intimidad de los severos paisajes familiares. Al pisar este suelo nos embarga siempre la candida emoción que experimenta el desterrado que emigró contra su voluntad, viéndose inopinadamente entre los seres y las cosas que dieron alas en su infancia a la ilusión de vivir. Alejarse no es desarraigarse. Nuestro espíritu, cualquiera que sea la distancia que le separe del terruño natal, sigue prendido, con misteriosos hilos, de todo lo que le hizo sentir las primeras curiosidades y los primeros amores. Tal vez sea esa influencia una forma de la acción tutelar que ejercen los muertos sobre nosotros. El patriotismo en grande, como pasión absorbente, no se engendra sino al calor del prestigio histórico, y no se sostiene en toda su robustez más que a condición de que aquel prestigio no decaiga por la flojedad o la desidia de los ciudadanos. En los países decadentes y envilecidos, el patriotismo no pasa de ser pura palabrería. Tener una colección de armaduras no equivale a estar en condiciones de continuar el romancero. Pero el amor a la patria chica es menos exigente. Ni siquiera requiere que el pueblecito que nos vio nacer se haya hecho notar en la Historia. Basta con que sus paisajes nos recuerden las primeras impresiones infantiles, que suelen ser las más gratas, porque vienen a nosotros acompañadas de la sorpresa que

deslumbra. La aldea natal puede ser, en muchos casos, toda la creación que se nos revela. Leibniz ha dicho eso mismo de otro modo. Claro es que analizar un sentimiento es como investigar el porqué del aroma de la flor. En esa prueba, los más sagaces psicólogos fracasan. ¿Por qué se ama una determinada parcela de tierra, con preferencia a otra que tal vez la supere en belleza? Nadie lo sabe. Si a nosotros nos dijeran: puedes circular libremente por todo el mundo, pero te está vedado el tránsito por el país vasco, no resistiríamos a la tentación de violar lo prohibido, aun exponiéndonos a un castigo.

Decía Anasídemo que los viajes enseñan el escepticismo, sin duda porque a fuerza de conocer mentalidades y usos diversos, nuestra fe en la superioridad de una determinada moral vacila y se quebranta. Es cierto. El cosmopolitismo nos despersonaliza, porque la esencia de nuestro carácter se disuelve en la diversidad de las culturas que nos vamos apropiando. El mito de Anteo debe ser interpretado en un sentido más amplio que el corriente. Para ser fuerte es preciso tocar con los pies en la tierra, pero

en nuestra tierra, en la que nos ha visto nacer...

Lo que sorprenderá a alguien es que estemos haciendo estas reflexiones en Guethary, a bastantes kilómetros de Vizcaya. Guethary o Bermeo, ¿qué más da? Yo no desespero de que a la vuelta de una guerra como la que acaba de rehecer nacionalidades que habían sido absorbidas por otras más grandes, ahora en ruinas, se produzca la reintegración de la vieja Vasconia independiente, re-fundiendo en un bloque histórico Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y las dos Navarras, la española y la francesa, que vinieran a constituir, con el consentimiento de España y Francia, un todo homogéneo social, como la Checoslovaquia, bajo el protectorado de aquellas dos naciones. ¿Por qué no? Es posible que esta fantasía nuestra alarme a algunos y haga sonreír a otros, haciéndonos reos de la pena de azotes o candidatos a la reclusión en el manicomio. ¿Qué importa? Lo que desde luego puede afirmarse es que entre los vascos de uno y otro país y el español y el francés media, psicológicamente, una distancia infranqueable...

La aldea y la vecindad del mar convidan a las lecturas graves que renuevan lo más noble de nuestro espíritu. Un poco fatigado de la literatura más o menos afrodisiaca que priva en el día, me he traído en la valija unos cuantos libros exentos de frivolidad: poetas y filósofos que han interpretado austeramente la armonía y el misterio del mundo. Esa desdeñable novelaría libertina, que se nos impone a todos como un revulsivo medular, ha concluido por causarme tal hastío, que he jurado no volver a abrir en mucho tiempo ni un solo de esos libros escritos con una mixtura de tinta y de cantaridina, tan en boga en nuestra época. Esa literatura ha cesado de interesarme. Absteniéndome de juzgar a los que la cultivan, porque carezco de autoridad para emitir fallos sobre materia de estética y de moral, agradeceré el que no se me envíen obras de esa índole, porque he renunciado a leerlas, persuadido de que no van a resucitar Bocaccio y el Aretino para hacerme llevadera la molestia de hojearlas. Prefiero soportar a los filósofos, con todos sus inconvenientes. Publio Siro fué un esclavo que se permitió no pocas libertades con Julio César, lo que prueba que por entonces la dictadura no ponía muy rigurosas trabas a la expansión del pensamiento. ¿Obedecería aquella tolerancia a que César era también literato?

Publio Siro logró, a fuerza de talento y de habilidad, recobrar sus fueros de ciudadano libre, pues su amo Domicio, que lo admiraba apasionadamente, no quiso seguir humillándole con la esclavitud. César no era rencoroso, porque el rencor sólo prende en las almas bajas, y nadie ha podido decir hasta ahora que el dictador romano perteneciese moralmente a esa categoría. Lo prueba el hecho de que, al concertar un programa de diversiones para solaz del pueblo, se apresurase a requerir el concurso de Publio Siro.

Acudió Publio Siro a la invitación, sin temor a las represalias



LA VUELTA DE LA MONTERÍA.—TAPIZ EJECUTADO CON SUJECCIÓN A UN CUADRO DE MANUEL BENEDITO

del dictador, y éste le colmó de atenciones, otorgándole la palma de la victoria en el torneo escénico en que Siro tuvo por rival a Loberio, el más prestigioso de los comediógrafos de aquel tiempo. Luego, para compensar al vencido, hizo un donativo de quinientos sextercios, que equivalían a unas cien mil pesetas de nuestra moneda actual. Como se ve, el dictador romano era generoso con los literatos.

¿Qué valía Publio Siro dentro de la naciente dramaturgia latina? ¿Qué rango ocupa en el teatro? El crítico más penetrante no podría determinarlo, por la sencilla razón de que el tiempo no nos ha conservado ninguna de sus obras. El que ha llegado hasta nosotros, revestido de una aureola de gloria, es Publio Siro el pensador. Es indispensable advertir que el teatro romano, en su fase inicial, se redujo a una parodia del mimo griego, en el que el autor y el intérprete eran una misma persona, que se adjudicaba la doble función de divertir y satirizar a sus contemporáneos. Loberio, precursor de Publio Siro en ese género, le había dignificado, podándolo de todo lo chocarrero e intercalando en las escenas cómicas pensamientos de honda intención moral. Publio Siro, no solamente siguió las huellas de su maestro, sino que levantó a mayor altura la gravedad ética de las ideas que interpolaba, en forma de máximas y apotegmas, en sus efímeras obras escénicas. Esas obras, al desgranarse con el tiempo, nos descubren un pensador y moralista de la talla de Labruyère. Algunas de sus sentencias parecen, sin embargo, impregnadas de un cierto espíritu cristiano. «Vale más recibir una injuria que inferirla», nos dice Publio Siro con un puro acento evangélico. «Quien se precipita en el juicio, pronto se arrepiente.» «Quien ama a su mujer con demasiada pasión es casi adúltero.» «No hagas del dolor ajeno tu propia alegría.» «Ama a tu padre si es justo; si no lo es, sopórtale.» «Si no sabes soportar los defectos de un amigo, te confiesas tan defectuoso como él.» «En la elección de marido, la mujer casta consulta antes a su sayón que a sus ojos.» «El único bien que puede hacer el avaro es morir.» «Quien no sabe dar no tiene derecho a pedir.» «La prisa en el socorro es como socorrer dos veces.» (Bis dat qui cito dat.) «Aparentar la bondad con las palabras es casi ser perverso.» «Aun con el enemigo, usa de buenas palabras.» «Una esposa casta, aun obedeciendo a su marido, manda en él.» «Las heridas de la conciencia se ulceran.»

En otros momentos, Publio Siro recuerda a Salomón; pero, en general, el tono de sus reflexiones, más austero que poético, le da un cierto aire de familia con Labruyère, Vauvenargues y La Rochefoucauld, los cuales, probablemente, estaban influidos por el moralista romano. «El dinero, subordinado a la razón, es útil.» «Es una vergüenza provechosa aquella que nos libra de un peligro.» «Una gran fortuna es una gran servidumbre.» «La fortuna presta mucho, pero no da nada.» Estos breves pensamientos, ¿no os recuerdan la ácida y desgana sabiduría de La Rochefoucauld? Otras veces, al través del moralista latino, creemos percibir la templada voz de Vauvenargues. «Para soportar la envidia es preciso ser fuerte o desgraciado.» «Los destos en la plenitud de la riqueza equivalen a una opulenta indigencia.» «El olvido es el mejor remedio de las injurias.» «Ninguna súplica nos abre el corazón de un enemigo.» «La inocencia es la felicidad de los desgraciados.» «La muerte es un bien para el niño, una desgracia para el joven y demasiado tardía para el anciano.»

No nos consienten las dimensiones usuales de estas crónicas la exposición minuciosa y ordenada de los principios filosóficos de Publio Siro; pero con lo transcrito hay muy bastante para esclarecer su interesante personalidad. Esclavo como Epicteto, aquel moralista había ahondado ya tanto como su sucesor en el gran foco de miserias y de tristezas, de ambiciones y de vanidades, que es el alma humana. El sufrir prematuramente, la adversidad anticipada, comunican a la inteligencia una precoz lucidez para conocer la trama de la vida. Publio Siro había aprendido, además, no poco en los libros, pues muchas de sus máximas pro-

ceden de empréstitos morales hechos a la filosofía griega. ¿Qué pensaba aquel hombre del Universo? ¿Cuál era su metafísica? Sobre eso nada nos dicen los comentaristas de su vida. Y, sin embargo, sería interesante el saber las hipótesis a que había llegado Publio Siro sobre el origen del mundo y los fines providenciales. Detrás del moralista quisiéramos entrever al filósofo en la solemne actitud en que se pone el hombre cuando, mirando el cielo estrellado, dirige una muda y angustiosa interrogación al infinito...

Manuel BUENO

Gaithury (Bajos Pirineos), 13 de julio de 1924.

CRÍTICA LITERARIA

Melpómene, por Arturo Capdevila
(4.ª ed. Buenos Aires, 1923) :::

EN la Argentina del gran Lugones es grande Arturo Capdevila, el poeta autor de estos cantos, bravamente puestos bajo la advocación de la pálida musa de la tragedia y sostenidos en un tono digno de la sombría grandeza de esa advocación clásica. Arturo Capdevila nos declara, con la elección de ese título, el horóscopo de su genio. Este gran poeta es un espíritu trágico, obsesionado por la máscara de la musa fatídica, pero recio y animoso, capaz de medir sus fuerzas con las furias y de dominarlas con el ensalmo de su arte y el conjuro de unas palabras sabias, aprendidas en el Evangelio del Budha o en los eleusinos misterios, palabras de vida *dibré hayun*, según la expresión bíblica que encierran en la armonía de su número la segura promesa de la inmortalidad. Arturo Capdevila ha peregrinado por todos los senderos de la sabiduría antigua, y posee amuletos infalibles para triunfar de dolores y pánicos. De aquí que pueda sentir una misteriosa complacencia en el trato familiar con las espantables larvas del mundo trágico, seguro de no ser vencido por ellas y de recoger, en cambio, amplia cosecha de pensamientos altísimos y de imágenes desmesuradas, de esas que sólo florecen en el terreno volcánico de la tragedia. No sólo en este libro, sino también en *El libro de la noche* y en *El poema de Venusar*, el arte de Capdevila es un arte trágico: y es Melpómene, clara o tácitamente invocada, la que inspira al poeta sus más sublimes y patéticos cantos. Podría ignorarse en su obra lírica todo lo que no está auspiciado por la musa severa, y no perdería el poeta nada de su prestigio; para consagrarle altísimo bastarían el *pórtico* con que encabeza *Melpómene*, esos poemas seriales que se titulan «Santificado sea», «Profecía», «Tragedia bíblica» y, sobre todo, esos «Cantos de la divina Urania», en que el poeta parece elevarse, se eleva realmente a la jerarquía de taumaturgo, y «por el poder de la palabra viva» obra el milagro de despertar a la divina Urania, personificación mítica de la luz, que ya en la fatídica hora del crepúsculo se iba rindiendo a la pesadez letal de las tinieblas. Despierta Urania, y el fulgor de sus ojos enciende los luceros. Poema admirable, en el que parece oírse la etérea voz de Poe llamando a su Leonora, sostenida por el enérgico acento d'annunziano, evocador de los dioses; el arte romántico y el arte clásico, uniendo sus verbos y poderes para impedir la muerte de la divina Urania, la mística alma de la luz.

Por estos poemas, de un hondo terror

trágico, vencido por la luminosa palabra de un cantor sabio, iniciado con los misterios salvadores, cuya clave es siempre la misma, la derrota del Tiempo y sus fantasmas por la realidad eterna, admiro yo desde hace tiempo a Arturo Capdevila y le tengo por uno de esos raros poetas, de letra verdaderamente inspirada, cuyos libros pueden valerlos, como textos sagrados, en nuestras crisis espirituales, brindándonos un eco de revelaciones lejanas y divinas, y al mismo tiempo un concierto de lirras animosas y bien sonantes. Porque el autor de *Melpómene* no tiene el tono desmayado y plañiente de otros escrutadores del misterio, como Amado Nervo, por ejemplo, en cuyos labios ya el número musical se trunca y desvanece, y el poema termina en oración, sino que canta con un verso fuerte, rotundo, clásico, valeroso, alzando la voz para domeñar a las furias, como un Hércules que cantase, en tanto lucha con el león, teniéndole cogido de la brava melena. Capdevila es un trágico, y su lectura nos tonifica y levanta para medirnos animosamente con las largas sombras del terror. Así, en esos versos de «Santificado sea», escrito con ocasión de la muerte de su padre, después de llevarnos consigo, trémulos de susto, por todas las estancias de una casa en duelo, tras cuyas puertas todas están emboscada la muerte—una de esas mansiones pavorosas, de entrada tan fácil, frecuentes en el itinerario de Poe—, y después de hacernos asistir al llanto acordado de las hermanas en torno al féretro del padre inánime el poeta nos muestra, de pronto, la beata y serena sonrisa del Budha, del *guru* extático y silente, en cuyas manos florece el cándido loto de la liberación y de la paz. Desaparecen como por ensalmo todas las sombras, el terror del momento presente encájase en la perspectiva de un devenir sin límites, y el engaño estético de la vida, como representación, deja de torturar nuestras almas, libertadas del tiempo y el espacio. La tragedia es así vencida y conjurada; pero después de una lucha que ha enriquecido nuestro espíritu y nuestros sentidos también con un espectáculo de supremo arte.

No me explico, en verdad, cómo Lugones—según nos cuenta Capdevila en el prólogo de *Melpómene*—, a raíz de publicarse en 1912 la primera edición, pudo reprocharle la violencia trágica de estos poemas, invocando la piedad que merecen los lectores—«Usted ha hecho mal en cargar a los demás con su dolor. De sobra tiene cada uno con la propia pena»—, ya que eso equivale a recusar en bloque todo el viril arte clásico y a renunciar a la noble y alentadora lección trágica. Compréndese que se pros-

criba la morbosa delectación estética en el terror, al modo como Rollinat la practicaba; pero cuando el poeta lucha con este terror humano y sabe vencerlo, agitantándose sobre el coturno, no se concibe por qué ha de renunciar a ejercer su facultad de agonista. Y Capdevila hizo muy bien en reproducir esos poemas de terror vencido, en las sucesivas ediciones de su libro, por más que parezca darle la razón en el prólogo a su ilustre censor. Melpómene ha de ser siempre la musa para él más propicia, la que acaso un día le capacite para escribir una tragedia al modo clásico, en el tono plural de *La Nave*, esa tragedia que hoy aguarda nuestro pobre teatro moderno, y que de todos los actuales poetas de lengua castellana sólo él podría trazar sobre una pauta y con un estro dignos. Ya los *Cantos de la divina Melpómene* parecen, no obstante el giro épico, la invocación inicial de una antigua tragedia. (Y ahora, musa, canta lo que los dos sufrimos.—Alza tu voz sincera con que a sentir coadyuvas.—Las vides de mi verso se cargan de racimos.—¡Que sople un viento fuerte que haga caer las uvas!)

Por lo demás, Arturo Capdevila ha llevado ya su genio clásico al teatro, pues es autor de dos obras dramáticas de legendaria inspiración, *La Sulamita* y *El amor de Schehrazada*, que han merecido los honores de las reasunciones múltiples. Sin embargo, creemos que su genio trágico refulgiría más aplicado a un argumento místico; como, por ejemplo, la salvación de la divina Urania, que él podría desdoblar en un drama sacro, donde asistiríamos, sobrecogido de un sublime terror crepuscular, a la realización de un misterio antiguo, como los actuados otro tiempo en Eleusis, y presenciáramos el milagro de encenderse las estrellas en el fulgor de los ojos de Urania, milagro obrado por el arte y la fe, mediante la virtud de la *palabra viva*, del verbo poético y musical. (Claro que un drama así requeriría, no un vulgar escenario, sino una de esas catedrales góticas que para tales obras de arte religioso pedía el gran Mallarmé.)

Religioso, a fuer de trágico, es el arte de Capdevila. El autor de *Melpómene* ha recorrido el itinerario sagrado de las creencias, de los mitos y de los ritos, con pitagórica devoción. Ha hojeado *mucho viejo folio*, como dice el autor de *Never more*, grimorios y comentarios, y es él mismo un exégeta original y autorizado, tan impuesto en la ciencia de la interpretación y el cotejo, que sólo por ser tan gran poeta se libra de parar en erudito, ese último término de la degeneración literaria, al que precede la edad crítica. Capdevila se mantiene a la noble altura de un Renán, que no vuela sino mejor con el ala de la cultura. Y precisamente, como Renán, es autor de un estudio originalísimo de *El cantar de los cantares*, que él interpreta por modo distinto a como el amable filósofo lo hiciera. Para Capdevila no es el famoso poema bíblico un epitalamio representable, sino un poema místico de carácter sabeico; tesis interesante, en verdad, que él desarrolla con admirable copia de argumentos y que merece un detenido análisis. Prueba también del paso de nuestro poeta por las culturas clásicas es el libro *Dharma* (Influencia del Oriente en el Derecho de Roma). Pero yo no he querido trazar aquí más que su semblanza literaria, y para llenar cumplidamente tal cometido, me bastará citar otro libro suyo, *Córdoba del recuerdo*, libro autobiográfico, que nos hace intimar con la infancia y la juventud melancólicas del poeta y admirar su soberano arte de prosista, la inmaculada pureza del lenguaje, en el que podrían

Aprender muchos escritores españoles el valor de evocación y musical de la palabra y una rara alianza de lo sencillo y lo magnífico.

Arturo Capdevila representa un dechado de poeta, que si frecuente en la España continental, no es sino muy raro en la Península, donde la inspiración suele florecer entre los inocentes arrobos de la ignorancia asombrada. En América la poesía reivindica sus antiguos fueros, viniendo a ser una ciencia dotada de inspiración, un modo de conocimiento más amplio. Así, el gran Lugones ha podido ser en la Argentina el luminoso expositor de las teorías de Einstein, labor que entre nosotros hubiera tenido que ser encomendada a un matemático. Nuestros poetas tienen miedo a saber, como si al contacto con la ciencia se les fueran a secar los pechos a sus musas; suelen ignorar hasta los recursos técnicos de su arte y la virtud íntima de la palabra, que por esa razón rara vez se eleva en ellos a la categoría de verbo, de palabra viva. Cortado por un patrón más amplio, el autor de *Melpómene* nos demuestra lo supersticioso de ese miedo de la ignorancia, haciéndonos ver que no hay peligro para el poeta en acercarse a esa fuente en que manan, unidas, poesía y ciencia, y que los griegos pusieron a los pies de Apolo. —¿No es el arte un *gay saber*?

R. CANSINOS-ASSÉNS

Al rededor del estilo

XIV

Hay estilo en la acción?—nos preguntamos. Pero lo primero sería ponernos de acuerdo respecto a lo que la acción sea.

El otro día leía aquí, en mi fecundo confinamiento, la oración que el 22 de junio de 1921 pronunció mi amigo Ricardo Rojas en la «Biblioteca Pellegrini» del Jockey Club de Buenos Aires, oración en honor de Carlos Pellegrini, el estadista argentino, y que figura en la colección de ellas que forman su libro *Los arquetipos*. Y en esa oración me encontré con estas palabras preñadas de sentido propio: «Más que un simple hombre de acción, al modo de los caudillos sudamericanos, fué Pellegrini un hombre de pensamiento en acción, al modo de los estadistas europeos.»

Pero ¿es que no había pensamiento, siquiera inconsciente o instintivo, en la acción de aquellos caudillos? En la de unos, sí; en la de otros, no. Y el estilo de un hombre de acción, de lo que distintivamente se llama un hombre de acción, es lo que llamamos carácter. El carácter es un estilo.

Primero, según nuestro estilo, la etimología. Carácter, de un verbo que significa imprimir, acuñar, equivale a impresión—mejor, empresa, como la empresa de un escudo, no empresa de emprender—o cuño. Y así como el estilo es el instrumento de grabar, de imprimir, cabe que digamos: el carácter es la obra del estilo. De donde se ve que el estilo, que el pensamiento, es lo activo, y que el carácter es lo pasivo. Y por natural paradoja, resulta que los hombres llamados de acción son los pasivos, son los movidos, y los hombres de pasión, los de pensamiento, son los activos, son los movientes. ¡Pobres hombres de acción! Por lo común, carecen de carácter propio.

El estilo imprime carácter, digamos. Pero y el carácter, ¿no da estilo? Ved lo que ocurre con el fonógrafo. Un estilista, un punzón, va imprimiendo sobre una placa unos caracteres, y luego esos caracteres, por medio de otro estilista,

nos transmiten la riqueza de los sonidos y su variedad. ¿Qué es lo activo y qué lo pasivo?

A los caracteres escritos se les llama en griego *grammata*, y en latín *litterae*. La palabra *gramma* expresa más bien el carácter grabado, el esculpido en piedra con cincel, mientras que *littera* parece ser la pintada. Y hay mucha diferencia del carácter grabado, cincelado, al pintado. Con el cincel, en efecto, es más fácil hacer ángulos que no curvas, y de aquí que los caracteres grabados en piedra sean rectilíneos. Pintando, por el contrario, es más fácil la curva que no el ángulo. Y aquí estriba la diferencia entre unos y otros caracteres. Nuestra A mayúscula es un carácter rectilíneo, grabado, escavado en piedra, y la minúscula a es el mismo carácter curvilíneo, pintado. Una y otra salieron de un mismo signo. El carácter de los caracteres japoneses proviene de que eran caracteres pintados con un pincelito, a codo, con la mano y el puño rígidos en el brazo y moviendo éste por el codo, mientras que nuestros caracteres los trazamos a puño, moviendo la mano por el puño mientras llevamos la pluma de acero. Y el ser hechos a puño—los manuscritos o cursivos—y el ser hechos con pluma, y de acero, les ha dado su carácter, su estilo. Los mecanografiados, los de máquina, lo mismo que los de imprenta, son ya de imitación, carecen de estilo. Los grafólogos nada tienen que hacer con ellos.

¿Es que no hay también entre los

hombres unos que tienen carácter mayúsculo, rectilíneo, grabado, y otros que le tienen minúsculo, curvilíneo, pintado? Lo que no quiere decir, ¡claro!, que aquél sea de mayor duración. Hay papiros que han durado mucho más que inscripciones en piedra; hay papel o pergamino en que la tinta resiste más que incisiones en granito.

Sarmiento nos dejó grabado a fuego el carácter de un caudillo montonero en su *Facundo*. Pero éste es el que hizo Sarmiento, el que Sarmiento usó, y no el *Facundo* Quiroga, que arrastró su pobre existencia de loco torturado por la manía de la acción. El hombre de acción, de pensamiento en acción, fué Sarmiento; el pobre Quiroga, el jugador, no pasó de ser un pretexto para la obra de Sarmiento.

Miguel de UNAMUNO

MANUEL BENEDITO Y LA REAL FABRICA DE TAPICES

HACE más de dos lustros, el ilustre pintor Manuel Benedito ejecutó al óleo, en lienzo, un asunto de caza: LA VUELTA DE LA MONTERÍA, pensando, desde luego, que sirviese de cartón para tejer por él un tapiz. El cuadro figuró y fué admirado en una Exposición Nacional de Bellas Artes. Al cabo del tiempo pasó a la Real Fábrica de Tapices, cedido por su autor, y en calidad de modelo; los señores marqueses de Urquijo, interesados en el porvenir de aquel Centro, y deseosos de que la obra realizada por Benedito encontrase su natural complemento, encargaron el tapiz, dando con ello señalado ejemplo de amor a las artes y de esplendidez.

Tres años de labor ha exigido la empresa. El día 4 del pasado junio se terminaba, y el 8, en su visita a la Real Fábrica, S. M. el Rey de Italia cortaba los hilos del tapiz para desprenderlo del telar, honor digno de un Monarca artista.

Que el buen éxito del trabajo parecía no retrasarse, lo prueba el hecho de que la Fábrica, no concluida todavía la primera versión, labrara una segunda con destino a América, a solicitud del Sr. Fornilles.

En distintas ocasiones he presenciado la tarea que ocupaba a modestos e inteligentes operarios. Atentos al dibujo, marcado por medio de calco en los hilos, veíalos manejar crecidísimo número de canillas (cada una con el punto particular de color que su lana adquirió en el tinte); me maravillaba un empleo de tan dilatada paleta y la manera, no ya de construir, sino de matizar en el tejido, y, sobre todo, la fidelidad de la reproducción, no obstante las miradas, de tarde en tarde, echadas al cuadro elegido para modelo. Si esto se

debe a la fuerza de la costumbre, hay que convenir en que la educación «pictórica» de los tejedores implica un largo proceso, lo mismo el retener en el recuerdo los detalles de lo observado, que la facilidad de la traducción. Vayan aquí los nombres, que bien merecen ser conservados, de los obreros intérpretes de la escena pintada por Benedito con gradiosidad flamenca y con casticismo español: Don Eulogio Soria Pascual, que lleva cuarenta y ocho años en la Fábrica, tiene cincuenta y nueve y entró de once; D. Manuel Ruiz Sebastián, con cuarenta y uno de servicios y cincuenta y tres de edad; don Rafael Martín Serrano, con cuarenta y cuatro y de cincuenta y cinco, y los jóvenes oficiales Luis Taboada, de veintiséis, y Vicente Pascual, de dieciocho.

Queda mucho, felizmente, de tradición en la Real Fábrica de Tapices. Su director, D. Livinio Stuyck y Van der Goten, pertenece a una gloriosa familia de tapiceros, que arranca del famoso Jacobo Van der Goten, «el Viejo», flamenco de Amberes, el cual vino a Madrid, por orden de Felipe V, y por sugestión de Alberoni, para alzar en España una gran tapicería nacional que compitiera con la francesa de Gobelinos; con la muerte del último Van der Goten nace la dinastía de los Stuyck. Se da el caso original de que, en periódica rotación, los nombres de pila Livinio y Gabino se suceden. Ese sentido de lo patriarcal también se advierte en la Fábrica. Por ejemplo, el oficial mayor, D. José Rubio, que cuenta setenta y ocho años, lleva sesenta y siete en ella; lo recibió de aprendiz el bisabuelo del actual director; el apellido Rubio tiene siglo y medio de historia en la Fábrica. El abuelo de D. José, D. Juan,

fué también operario allí, y por cierto que él adiestró en la tapicería a la Princesa de Veira.

Son bastantes los pintores que jamás han puesto los pies en la Real Fábrica de Tapices. Algunos, por no decir todos los telares en uso, proceden de la antigua Fábrica de Santa Bárbara, para donde D. Francisco de Goya y Lucientes proyectó serie inolvidable de escenas.

Manuel Benedito, que sobre ser un excelente artista, es un español amante de su patria, ha consignado en su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, lo que fuera, es y debiera ser la Real Fábrica de Tapices. Su lienzo «La vuelta de la montería», transportado a tapiz, le ha permitido estudiar de cerca el problema de una transformación, en virtud de la que la Real Fábrica de Tapices, ampliando su esfera de actividad y apoyada por las clases superiores, podría salir de su limitación presente, acrecentando la producción artística.

Recomiendo con el mayor encarecimiento la lectura del mencionado discurso, pues las consideraciones en que abunda estimos muy acertadas y orientadoras.

Y ahora diré una cuantas palabras del tapiz intitulado «La vuelta de la montería». La cenefa, de gusto barroco, que se le ha incorporado, ofrece en el centro de la parte superior una cartela, en que se lee la siguiente inscripción latina, bien sonante: «CANUM CUSTODIA CINCTI, HIRSUTUM APRUM CERRUMQUE VASTI CORPORIS CAPTOS PORTANTES RUSTICI VENATIONE REDEUNT», q sea: «Rodeados por la guarda de los perros, llevando un hirsuto jabalí y un venado corpulento, cazados, vuelven los campesinos de la montería.»

No debo juzgarle como hermosa imagen pictórica. Si, en cambio, como el punto inicial de una nueva era; la de que, sin mermar nada la manufactura de alfombras a que la Real Fábrica de Tapices se consagra, por falta de más lucrativos encargos, se inaugura con tan notable pieza, que, o mucho me equivoco, y creo no equivocarme, llamará la atención en favor de una industria que rivaliza—ahí está el tapiz «La vuelta de la montería»—con las similares del extranjero.

Angel VEGUE Y GOLDONI

MUTUALIDAD

Mujer,
por mi llegas a ser
lo que nunca serías
si yo no te adornara
todos los días
con una rara
flor.

Mujer, gracias a mí,
que te he envuelto en amor,
todo lo que hay en ti
—como en todo mortal—
de egoísmo y de mal
desaparece.

¿Qué eras, mujer, cuando te conocí?
Una más. Pero hoy
la vida en torno tuyo resplandece...
y por ti sé qué soy.
Mas la fuerza que tienes sobre mí
yo te la di
y aún te la doy.

Angel LAZARO

LA PERLA MARAVILLOSA

CUENTO PARA NIÑOS POR MARÍA BERTA QUINTERO

El señor Juan ganábase honradamente la vida vendiendo baratijas de feria en feria, algunas de las cuales hacías él mismo con minucioso esmero y buen gusto, añorando sus felices tiempos de mozo, cuando estuvo de aprendiz con un hábil joyero de la capital.

Hubiera, tal vez, llegado a ser un buen artista; pero murió su padre, y tuvo que marcharse al pueblo, renunciando a sus doradas ilusiones, para labrar sus pobres tierrecillas, hasta que su hermano mayor volviera del servicio militar, que entonces duraba más tiempo que ahora.

Cuando el muchacho regresó licenciado, a Juanillo dióle vergüenza entrar nuevamente de aprendiz, porque estaba ya hecho un hombretón, y dedicóse a vendedor ambulante, yendo de pueblo en pueblo con su caja llena de collares, medallas, alfileres y zarcillos, brazaletes, dijes y sortijas, encanto de las mocitas y de los chicuelos.

Y como era muy amable y dicharachero, y sabía elogiar con gracia y oportunidad a sus compradoras y su mercancía, quitábanle de las manos sus baratijas y el negocio marchaba como sobre ruedas.

Se casó con una moza muy buena y muy guapa, Rosario, y dióles Dios un hijo, un solo hijo, muy guapo y muy robusto, en el que cifraron ambos todas sus ilusiones. Como vivían con cierto desahogo, soñaban con dar carrera al chico, que demostró bien pronto ser inteligente y nada tímido.

Pero también demostró, a no tardar, su poca afición al estudio; aprendió malamente a leer y a escribir, las cuatro reglas de la Aritmética, y dijo que no estudiaba más; que sabía la doctrina para ser buen cristiano y lo indispensable para seguir la profesión de su padre, y no aspiraba a otra cosa.

Procuraron convencerle; mas no lo grandolo, resignáronse, un poco desilusionados.

Acompañaba a su padre, ayudándole con entusiasmo, y luego, pasados unos meses, ya creyó podía ir solo y que el buen señor Juan, que ya era anciano, descansara.

Al principio todo iba bien; pero muy pronto se cansó de aquella vida: que era poco trabajador y muy dado a divertirse, gastando con los amigos casi todo cuanto ganaba.

El padre tuvo que reprenderle muchas veces, con dulzura al principio, con severidad después; Rosario, llorando, hablóle al corazón. Todo era inútil. Avergonzado y conmovido, prometía enmendarse; portábase bien una semana, y después continuaba tan holgazán como antes.

Una mañana, cuando disponíase a marchar a una feria próxima — llevaba unos días trabajador, después de una escena de lágrimas y ruegos de su pobre madre —, el señor Juan le llamó, llevándole con mucho misterio al último rincón de la casa.

—Miguelillo, hijo mío—le dijo—, estoy contento de ti y ha llegado el momento de hacerte un regalo. Toma—prosiguió, entregándole una cajita de madera pintada de azul—, aquí tienes una perla preciosa, de gran valor. Me la regaló un judío convertido al cristianismo, a quien yo libré de una muerte horrible. Se estaba ahogando, ¿sabes?, en un río muy

caudaloso y yo le salvé. Bueno; pues a lo que iba. Me dijo que era una perla maravillosa, un verdadero talismán, que da felicidad y suerte a quien la posee. Pero yo no lo creí; eso son supersticiones y brujerías. Consévala siempre, sin enseñarla a nadie, hasta que puedas ir a una gran ciudad y venderla a un rico mercader. Sin embargo, hijo, te advierto que, como vale una fortuna, tendrás que ir vestido como los caballeros, porque si no, te tomarían por un ladrón. Nadie

acaso encuentras en tu camino, por voluntad de Dios, a un rico mercader, podrías venderla y librarte del servicio para poderte casar pronto, que yo sé que quieres a Rosica, la hija del alcalde. Y que tienes buen gusto, rapaz, que es buena y bonita como mañana de mayo.

Miguelillo, loco de contento, partió con su tesoro bien guardado.

Desde aquel día, su más vivo deseo era lograr vender cuanto antes la perla. Con lo que le dieran por ella com-

su casita con un lindo huertecillo y casarse con Rosica sin vender la perla. Habíala tomado cariño y no encontraba hora de separarse de ella, ni en ninguna de las ciudades donde estuvo. Halló comercio alguno que le pareciera bastante rico para pagar su querido tesoro. El quería ir a Madrid; era su obsesión.

Cuando, ya muy viejecitos, murieron sus padres, traspasó la tiendecilla que, al fin, puso, y arrendando la casa y las tierras, a la villa y corte marcharon, plenos de ilusiones, el matrimonio y sus dos vivarachos arrapiezos.

Establecióse modestamente; pero tuvo suerte, y al cabo de poco tiempo era ya dueño de un gran comercio. Porque, como era inteligente, había estudiado con entusiasmo y era un hombre muy instruido y apto para los negocios. Ya no era Miguelillo, sino don Miguel, y su mujer, doña Rosa, que había sabido ponerse a su altura intelectual y llevaba con distinción el sombrero. Sus hijos cursaban el bachillerato en uno de los mejores colegios, y vivían en una hermosa casa, con todos los adelantos modernos.

Casualmente conoció, simpatizando grandemente con él, a un experto y acaudalado comerciante en perlas y gemas; formaron una sociedad para ampliar el negocio, y dedicóse don Miguel con todo entusiasmo al estudio de la valiosa mercancía.

Cuando se consideró apto para por sí mismo apreciar el valor de su tesoro, abrió, temblando de emoción, la famosa cajita que nunca hasta entonces abriera, y examinando la perla con la lente, quedóse mudo de sorpresa. Era falsa, completamente falsa; más aún: era una burda imitación. No dando crédito a sus ojos, se la mostró a su amigo, refiriéndole su historia. Confirmado su desengaño:

—¿Sabría mi padre—pensó en voz alta—que me daba una cosa sin valor?

—Seguramente, hombre—opinó su amigo—. Pero para ti ha sido verdaderamente maravillosa, un tesoro, un talismán, porque gracias a ella te hiciste trabajador y activo, y el honrado y constante trabajo es manantial de bienestar y bienandanza, bien lo sabes. A esa perla debes tu posición actual.

—Y a Dios, sobre todo, que me protegió.

—Naturalmente; pero Dios se vale, a veces, de cosas muy pequeñas para conseguir de nosotros cosas muy grandes. Y El inspiró a tu buen padre la idea salvadora que te hizo un buen hijo y un hombre de provecho.

En vano consultó don Miguel, en la casa paterna, libretos y pergaminos antiquísimos y amarillentos papeles durante muchos años conservados; inútil fué que registrara todos los arcones, buscando el famoso escrito del judío. No halló la solución al enigma: el buen anciano llevóse su secreto al otro mundo.

Esta historia la refirió don Miguel muchas veces a sus hijos y después a sus nietos; luego mostrábase la preciada reliquia, ponía en ella respetuoso beso y ofrecíala a los niños para que la besaran también.

Porque era la perla maravillosa del buen abuelito Juan.

María Berta QUINTERO



creería que unos pobres como nosotros pudiéramos ser dueños de esta maravilla. Un pergamino me dió el judío con ella; pero está escrito con unas letras tan enrevesadas y en una lengua que no hay quien la entienda...

Miguelillo habíase quedado perplejo, sin osar abrir la cajita. Abrióla el anciano y le mostró una perla bellísima, de gran tamaño, en forma de pera. Miguel la contempló lleno de admiración, y abrazando a su padre, rogóle la siguiera guardando él.

—No, hijo mío—repuso el señor Juan—; llévala contigo, en el bolsillo interior del chaleco. Así, quién sabe; si

praría una casita con un huertecillo, pondría una tiendecilla, casaría con su Rosica, y quién sabe si quedaría dinero para adquirir una vaca o, al menos, una cabrita.

Trabajaba con entusiasmo, y no iba a bailes ni a tabernas, por ahorrar y por temor de que pudiera ponerse algo alegre y le robaran su tesoro.

El mozo divertido y holgazán trocóse en formal y trabajador, y ya no tuvo su padre que reprenderle nunca ni vertieron más lágrimas los ojos de Rosario.

Los negocios marchaban muy bien, y al cabo de pocos años, libre por el número del servicio militar, pudo adquirir

LA SOMBRA DE NINO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ANGEL MENOYO PORTALÉS

I

Yo no sé si alguno de ustedes conoció a mi primo Antonino de la Riba—in-terrogó Salvador Mena, inquiriendo con la mirada el grupo de periodistas, sus coetáneos, de noveles escritores y de pintores principiantes, que formaban tertulia, una o dos veces por semana, en el poco concurrido café de Jorge Juan.

—Tú, sí, Medinilla—aseguró, encarándose con un hombrecillo de cabellos rulos y aguzado rostro, que, pegado a la vidriera de la calle de Serrano para apoderarse de la escasa luz del día que dejaba tamizar la niebla densa, leía un periódico, acercándosele al ras de las narices y pasando a lo largo de los renglones, en vaivén de lanzadera, uno de sus ojos saltones de miope.

—¿A Antonino?—respondió el aludido, dejando el periódico y calándose las grandes gafas de montura negra, que tenía levantadas a la frente calva—. Ya lo creo; pronto se le compuso la muerte al pobre muchacho.

—En menos de un año. Desde que a principio de otoño un ataque gripal le retuvo en cama, empezó a desmejorarse de un modo continuo y alarmante, enflaqueciendo por días, encorvándose y ahogándose de asma, sin que las leches agrias ni los preparados de creosota, ayudados de los botones de fuego, consiguieran aminorar los accesos catarrales, ni la sobrealimentación constante y regimentada devolver peso a aquel cuerpecillo flaco, ni color a sus mejillas macilentas.

El médico habló del clima de montaña, y mi tía vió el cielo abierto cuando la propuse que viniera su hijo a pasar el verano con nosotros.

Porque desde cinco años antes, coincidiendo con mi primero de facultad, mi padre comenzó a curarse su artrismo con las aguas de Monfemayor, y nos reuníamos, apenas él terminaba su temporada de baños, en la ciudad de Béjar, donde pasábamos tan ricamente los meses más calurosos del estío, hasta que por feria de septiembre nos plantábamos en Salamanca para ver las corridas, volviendo el autor de mis días a continuar sus quehaceres en Madrid así que arrastraban el último cornúpeto de la novillada de San Mateo. Yo me quedaba en la ciudad de los bandos al empezar el curso...

También los ojos de Antonino se animaron de alegría con la proposición que hice a su madre, y no precisamente por la esperanza de alivio, que él no daba importancia a su enfermedad y hasta se enfadaba si alguno pretendía dársela.

Pero a Candelario había ido unos días antes Irenita Sanchón, con sus primas, las de Rico, que llegaron de Madrid por la línea de Medina, y la seguridad de verla y de estar cerca de ella, y la probabilidad, no muy remota, de poder hablarla, prestó energías a su cuerpo débil y viveza a sus ojos apagados.

Irene Sanchón de la Ribera y Bargas era hija de un rico ganadero del campo de Ledesma, que se educó en las Esclavas, unas monjas que tuvieron el colegio junto al teatro del Liceo hasta que edificaron un magnífico edificio cerca del paseo del Rollo, y completó sus estudios en un pensionado de no sé qué población fronteriza. Nino la conoció de educanda en Salamanca, y desde entonces fué su adorador perpetuo, ignorado y leal

Mi primo Antonino y yo emprendimos nuestra excursión a Béjar.

Durante las dos primeras horas de viaje, la boca de La Riba no cesó de preguntarme, ni aquellos sus ojos, antes mortecinos, se hartaron de mirar los montes de encinares, las calvas tierras de secano, la vecina cumbre de Calvitero y los lejanos picos de la sierra de Francia, hasta que el esfuerzo inusitado

to nunca; no sabía de su belleza sino lo que Nino, en sus entusiasmos hiperbólicos, me había ponderado.

Cuando la vi aquella mañana en el portal de la casa de mis tíos, quedé maravillado ante la hermosura de aquella mujer extraordinaria.

Alta, morena, juncal; el cuello, prolongado y levemente corvo; las líneas de su cuerpo, que dejaban adivinar los delato-

Los labios, algo gruesos, descoloridos, llegaban a parecer exangües cuando fulguraban momentáneamente las gemas de sus ojos con fosforescencias de luciérnagas...

No sé decir la impresión que produjo en mi espíritu aquella mujer.

Admiración, simpatía, temor... Yo mismo no supe discernirlo.

Comprendí que mi primo hubiera quedado prendido de la mirada de aquellos ojos glaucos, y aún los atribuí una temeraria intervención en la dolencia desconsoladora del pobre muchacho.

II

Nuestra visita se prolongó hasta bien pasadas las doce, y bajamos la cuesta de la carretera achicarrándonos con un sol, que aquel día y a aquella hora apretaba de firme.

Desde entonces, como las muchachas no tenían otros quehaceres sino chozpar por prados y castaños, y a nosotros nos ocurría dos cuartos de lo mismo, unas veces involuntarias y otras convenidas, raras eran las mañanas o las tardes que no nos reuníamos los unos y las otras.

Un día salimos mi primo y yo después de comer.

En toda la mañana había podido arrancarle de la cama.

Irene y sus primas avisaban que iban de visitas de parientes, y a Antonino le faltaron fuerzas para desprenderse del lecho.

Peró el médico había encargado que permaneciera el menor tiempo posible en recinto donde el aire estuviese confinado, y quiso que no quisiera, apenas cayó un poco el sol, lo llevé por la carretera de Candelario.

Yo he tenido siempre una afición grande a la fotografía. A todos cuantos sitios iba llevaba mi Reflex, con su equipo completo de objetivos.

A mi primo le entretenían mucho estas excursiones fotoartísticas, y aquella tarde le insté a que saliéramos para tomar unas vistas del Cuerpo de Hombre, el pintoresco río que se ahoga entre canales, rodeando en cintura la loma en que se halla empingorotada la industriosa ciudad de los paños.

Por una de las veredas que, apartándose del arrecife, trepan a los caminos, vi una lindísima moza de Candelario que, moviendo airosa, en revoleo de faldas, los múltiples manteos de su original indumentaria, cruzó como asustada delante de nosotros.

—Oye, chiquilla, aguárdate un momento—la insté, acometido del deseo de que posara ante el objetivo de mi cámara.

Yo no sé qué imaginó la moza de mis intenciones, que con el terror retratado en su cara, dando gritos, asustada, comenzó a correr vereda arriba, en dirección a la carretera, plañiendo: «¡Que se esté usted quieto! ¡Padre!... ¡Padre!... ¡Que me deje!» Yo corría tras la muchacha con la cámara apoyada en el estómago, tratando de enfocarla por la mirilla. Perseguíala como sátiro a las niñas, huía ella como alma que lleva el diablo, cuando, al embocar en la carretera, oí unas carcajadas de mujer, y quedé sorprendido al ver a las de Rico y a su prima, que venían por el camino Real riendo a todo reír, gritándome por



hizo que volviera la astenia a apoderarse de sus músculos, y la tristeza de su espíritu, cayendo flácido en la banqueta de la plataforma posterior del coche, mientras yo, de codos en el balcón, atornado por el traqueteo de las ruedas contra los carriles, mataba el aburrimiento viendo saltar la grava del balasto y embestir y repelerse el vagón que seguía al nuestro.

Al día siguiente de nuestra llegada a Béjar subimos a visitar a una parienta mía, casada con un hacendado de Candelario, lo que nos sirvió para hacernos amigos de las de Rico y, por consecuencia, de la alquereña de Ledesma.

Yo no conocía a Irene, no la había vis-

res pliegues de su feble vestido mañanero, estatuarias.

Tenía el pelo muy negro y muy brillante, dejando franca la frente despejada y recta, y los lobulillos de sus orejas, enjoradas con arracadas largas.

Las facciones, finas, clásicas, eurítmicas, como las de la diosa Nathor, que conservan con pureza de raza las gitanas, de cuya estirpe tenía Irene glóbulos de sangre por linaje de su madre.

La color, algo quebrada; los ojos, grises, más bien verdes, claros, diluidos, de los que apenas se destacaban las niñas, pero que dilatándose a momentos, codiciosas, ahondábanse en la profundidad de unas ojeras lívidas.

mi nombre y amenazándome Irene con su sembrilla.

Abandoné mi presa y corrí al encuentro de mis amigas, que con algazara comentaban la ocurrencia.

—¿Han visto ustedes estultez como la de esa idiota?—exclamé indignado, y las expliqué el motivo de lo que habían visto.

—¡Pero, hombre de Dios, haberlo dicho!—me interrumpió Magdalena, la mayor de las de Rico—. ¿Conque deseaba usted unos modelos con la indumentaria de candelarias? Pues mañana mismo Irepe, mi hermana Angelines y yo nos vestimos los manteos, nos echamos los *sereneros* sobre los hombros, nos empingorotamos los moños y ya tiene usted lo que desea. ¿Quieres, nena?—interrogó a la ledesmina.

La de Sanchón accedió complacida, aunque puso el reparo de que a su tipo no le irían bien las faldas demasiado cortas.

—Usted estará siempre encantadora—la objeté—, aunque con traje de egipcia estaría usted estupenda.

—¿Si? Pues mañana nos retrata usted con manteos, y otro día a su capricho.

—¿Palabra?

—Convenido.

Fijada la hora, nos despedimos hasta el día siguiente.

Nino estaba loco de contento.

—Mañana vas a tener un retrato de ella y con ella—le prometí.

—¿De veras? ¿Pero es posible?

—De ti depende—le contesté—. Cuando yo te haga una seña te acercas disimuladamente, y ya estás unido con tu amada todo el tiempo que duren las positivas y las placas, que desde luego he de regalarte.

—Entonces siempre—dijo con entonación tan solemne, que me hizo reír con todas mis ganas.

Llegamos a la posada; él no quiso cenar y se acostó rendido.

Yo, después de haber repuesto las fuerzas con la succulenta cena, entré en mi cuarto y me puse a revelar los clichés que había tirado aquella tarde, en los cuales estaba Nino sirviéndome de modelo, unas veces sentado, de pie otras, en primero o en último término.

Apenas había fijado un par de aquellos, llamaron a mi puerta con alarma.

—¿Quién?—pregunté incomodado, porque venían a interrumpirme.

—Señorito, salga usted en seguida; el señorito Nino se debe de estar muriendo: echa mucha sangre por la boca—barbulla con angustia una de las criadas.

No sé lo que pasó por mí; de un salto me planté al lado de mi primo, que, livido, había caído sobre las almohadas.

Se llamó al médico, que recetó unos potingues, y dispuso que, cuanto antes, lo lleváramos a Salamanca.

Recogí mi equipaje; en los chassis hubo tal desbarajuste, que guardé, confundidos, los que ya estaban impresionados con los que aún no se habían expuesto a la luz.

Al día siguiente avisé a las muchachas lo que ocurría, y por la tarde me llevé a Nino a su casa.

III

Y sucedió lo que tenía que suceder.

Mi primo, después de algunas alternativas, en las que unas veces se encontraba tan animoso que iba del brazo de mi tía a la Alamedilla, otras no tenía fuerzas para salir de la cama, y entonces iba yo a darle compañía, a charlar y a proyectar viajes a Madrid en el invierno, para encontrarse con Irene, y en primavera a Andalucía, donde las tres primas pasaban temporadas en las fincas que la ledesmina poseía de su ma-

dre, en los confines de Huelva y de Sevilla.

Un día el infeliz muchacho se acostó y no volvió a levantarse.

IV

Cuando llegó el mes de octubre de aquel año, me encontré yo en la sierra de Aracena.

Apenas hice los exámenes de reválida y obtuve mi título de abogado, mi padre me entregó unos billetes y unas letras de cambio, y me autorizó para que hiciera un viaje por Andalucía, que tenía yo metido en el deseo desde algunos años antes.

No era el viaje que hace todo el mundo a Sevilla por Semana Santa y Feria, a Granada por el Corpus, a Cádiz, a Málaga..., no; no era esa la Andalucía que yo deseaba conocer; era algo recóndito, menos conocido, que llamaba más a mis sentidos. Y apenas estuve en Granada un par de días, los suficientes para asomarme a la Alhambra, que ya me habían desflorado en el espíritu las fotografías y las crónicas, y para extasiarme desde las azoteas de las Torres Bermejas para contemplar la incomparable vega y la gigantesca sierra, que parecía amenazar con su cercana mola las maravillas del palacio.

Tomé un asiento de berlina en la diligencia que iba a Lanjarón, y a las once de la noche estaba en Puerta Real, que era la hora y sitio de donde partían entonces, esto hace ya bastantes años, los correos para las distintas direcciones de la provincia.

La diligencia que había de llevarme, uno de los postreros ejemplares de aquellos coches de posta que sustituyeron, como progreso, a las galeras aceleradas, era un carruaje enorme con tres compartimientos: berlina, interior y rotonda. Un tiro de ocho o nueve caballerías arrastraba el vehículo; guiábale un mayoral, de zamorra, que apuñaba los múltiples ramalillos y guiaba a trallazos y a pedradas a las mulas retozanas.

Un zagal atendía a los viajeros, ayudaba al mayoral y le alcanzaba los cantos de los montones de grava.

Un postillón cabalgaba en el caballo delantero.

Al pasar por los pueblos tocaba el postillón una trompeta; restallaba su látigo el mayoral, aguijando a las bestias con sus gritos; el zagal, apeado del coche, corría al costado de las mulas, dando voces; ladraban los perros de cortijos y corrales, y los viajeros, despertados de su sueño, se desesperaban para apearse en la angara, si había cambio de posta.

En Lanjarón dejé la diligencia, y caballero en una buena mula, me interné en la sierra, atravesando el puerto Jubilé; los vadeadores, uno a cada lado de mi mula, me pasaron el tablazo de agua de la Rambla, y por unos caminos que semejaban zigzagantes vasares en aquellas laderas enhiestas, cruzando un profundo torrente, pasé de Cástaras a Caxpileira, a Pampaneira y a Portugos, los pueblecillos que ocupó la raza galaica cuando expulsaron los Felipes a los moriscos de Aben Humeya, y viví en Ujijar y en Cadiar la tradición de los Monfies.

No es posible imaginar emoción estética y delectación tan intensa como la que mi alma, introversa, recibió en aquel rápido viaje, entre la naturaleza brava y el espiritual recuerdo.

Después, y buscando nueva modalidad a mi deseo, permanecí dos días en Río-tinto, admirando aquellas gigantescas Cortas, semejantes a ciclópeos circo-

rrumbaban montañas de tierra cenicienta, que un ejército de millares de hombres conducía a las leteras, cuyos humos devastadores cubrían de niebla de letérea las vegas yermas y las lomas, aledañas del madroño, en los confines de Sevilla y de Huelva.

Deseando refrescar mis pulmones, irritados por las emanaciones de cobre, marché a Aracena, la pintoresca villa, cuyas casas, blancas como añinos, se derraman por las laderas de la sierra de San Ginés, hasta bañar sus cimientos en las aguas de la Zulema.

Al llegar a Aracena, hice llamar a un muchacho que conocí en Madrid, a quien mi padre recomendó, con éxito, cuando el mozo estuvo en el servicio, y que nos quedó agradecido cordialmente.

Al instante acudí a la fonda, y de seso de corresponder conmigo se brindó a servirme de acompañante, y tuve que defenderme para que no me llevara a su casa a compartir su pobreza, como decía él, afectuoso.

Salimos por las calles, me llevó al castillo, la ermita en que se venera la Virgen del Mayor Dolor, patrona de la villa.

Situado el santuario en lo más alto de un cerro, desde el amplio ventanal del atrio la vista se recrea con la perspectiva bella de un profundo valle.

Al pasar por el *Pozo de la nieve*, me enseñó la entrada de la gruta, una caverna estalagmítica semejante a la de Carme, a las de Artal, a la de Almadén de la Plata y a tantas y tantas del período plioceno que fueron mansión del hombre troglodita.

Para visitar la gruta, mi acompañante me ofreció toda clase de facilidades: un su pariente tenía la llave de la puerta, podía disponer de luces de acetileno, de antorchas de resina, de cuanto fuera preciso para que se pudiera admirar la maravilla.

Acepté complacido, y cuando proyectando el momento de la visita íbamos por la carretera de Galaroza, un tropel de jinetes, que locamente subían de la parte de la fuente del Rey, llamó mi atención.

Eran Amazonas los más de ellos; tres mujeres montadas en briosos caballos, acompañadas de un hacendado de la vega y de un campesino aperador o montaras, que las servía de escudero.

Confrontaron conmigo, y entonces pude conocerlas.

Una exclamación mutua, de asombro hizo que ellas pararan en seco sus caballos y yo detuviera bruscamente mi paso.

—¡Irene!... ¿Ustedes?—exclamé, reconociendo a la ledesmina y a sus primas, las de Rico—. ¿Ustedes aquí? ¿Qué sorpresa!

—Sorpresa la nuestra—replicó Magdalena Rico—. En nosotras no tiene nada de extraño; todos los años hacemos este viaje. ¿No sabe usted que la madre de Irene era de esta tierra?

—Es cierto—contesté algo confundido—. Ya ve usted si soy desmemoriado.

—¿Pero usted?—me interrogó Irene.

—Voy recorriendo Andalucía. Estuve en Granada, en Cádiz, en Sevilla ahora. Esta misma tarde llegué de Río-tinto.

—Nosotras estamos de temporada en una finca que heredé de mi madre aquí cerca, en la Ribera de Huelva.

Esta mañana nos dijeron que un guitarrista de fama iba a tocar en el teatro; yo me desviví por oír una guitarra bien tocada; animé a mis primas, y aquí nos tiene usted dispuestas a pasar la noche oyendo punteados y falsetas, y salir galopando en nuestras jacas para la Ribera en cuanto el sol apunte por los cerros.

Estaba guapísima: una amazona blanca, larga y ceñida, señalaba su cuerpo,

conformeando la pierna, que se elevaba sobre el fuste delantero de la silla; un marsellés, también blanco, dibujaba su busto de escultura; un sombrero de fieltro, negro, de alas planas y duras, con largo barbuquejo de cinta, cubría su cabeza.

Los aladares de sus sienes formaban anchas ondas.

Refulgía el corindón de sus ojos en la profundidad de sus ojeras, que parecían sombreadas por *kolh*.

Mientras llegamos a la fonda, y en lo que preparaban sus habitaciones, hablamos de su propósito.

El muchacho amigo mío, intervino en la conversación.

—Mal día han elegido ustedes, señoritas—dijo—: es domingo, el teatro se llena de gente y el barullo apenas deja oír la guitarra, que Perea toca como los propios ángeles, señorita, ya lo creo.

—Se me ocurre una idea—dije de pronto—. ¿Ustedes han visto la gruta que hay debajo del castillo?

—No—me respondió Irene—, y tengo unos deseos locos de verla.

—¿Tú crees—pregunté a mi acompañante, que Perea accedería a darnos un concierto después del teatro, pagándole lo que fuese necesario?

—Ya lo creo. ¿A qué está el pobre? Anda a bofetás por las pesetas; ¡conque usted considere!

—Entonces... invito a ustedes a un concierto en la cueva del castillo.

—Soberbio, soberbio—exclamó Irene, palmoteando—; es original y ha de resultar estupendo.

—A mí me va a dar miedo—dijo la más pequeña de sus primas.

—No seas sosa; sí, sí, vamos, Salvador; prepárelo usted todo.

Mientras ellas quedaron discutiendo, yo encargué a mi *factótum* que contratara al guitarrista y que buscara la llave, antorchas y lámparas en abundancia para que resultara espléndida de luces la cueva. Mandé al fondista que preparase fiambres, dulces y vinos, sin escatimar cantidad ni clases, y todo lo tuviera en la cueva a la hora de terminarse la función en el teatro.

Y aquí tengo que hacer una confesión, que es para mí un remordimiento.

Irene, desde que la conocí, durante el verano que pasé con mi primo en Béjar, llegó a interesarme.

Cuando me veía libre de su influencia, yo, que he sido siempre caviloso y he rendido culto a la lealtad, me recriminaba la acción desleal que con mi primo estaba cometiendo, y hacía decidido propósito de no volver a ver a Irene, a verla de tarde en tarde; pero al día siguiente de haber hecho el propósito, si salía solo, sin que me acompañara Nino, y me marchaba por el lado opuesto al que suponía debían estar las chicas, las laberínticas veredas de la sierra, que se entrecruzan las unas con las otras, haciéndome perder la orientación, antes de caer la tarde me habían llevado donde estaba ella.

Cuando murió Antonino comuniqué a las de Rico y a su prima la desgracia; me escribieron el pésame, pero recibí disgusto, porque me pareció que la carta de Irene no hacía demasiado duelo, y desde entonces dejé de escribirlas.

Mis ejercicios de reválida en el mes de septiembre, la satisfacción del título y la distracción del viaje que emprendí, completaron el alejamiento.

Pero al encontrarla aquella tarde y sentir en mi alma el dominador imperio de sus ojos avasalladores, mis propósitos, que a la muerte de Nino se habían convertido en piadosa ofrenda, en mística promesa, se borraron, como borra el sol todos los objetos cuando le miramos cara a cara, deslumbrando-



nos, y no vemos sino el disco rojo que hicimos prisionero en nuestra retina.

Ocurrió en nuestra amistad una cosa extraordinaria.

La solución de continuidad que puso en nuestras relaciones de afecto; el apartamiento que, como he dicho, establecí a la muerte de mi primo, no parecía que había existido; más aún: se creía que había continuado durante aquel lapso de tiempo y había crecido como en continuo trato, aumentando nuestra cordialidad, que se había hecho más profunda, más íntima.

Hablábamos el uno con el otro, con la extrema cordialidad del que fué amigo de siempre, y... yo no sé, sin darnos cuenta, sin saber de quién partió la confianza, creo que fué de ella, apeamos el tratamiento y comenzamos a llamarnos de tú.

Todo el tiempo que duró la función de teatro a la que asistimos, nos la pasamos charlando, misteriosos, asiduos, como hablan los enamorados.

Los que nos vieran tomaríamos por novios.

Con una agilidad de imaginación extraordinaria eludió Irene cuanto con mi primo tenía relación, y me habló de todo, de los días de ausencia, de mi estancia en la sierra, de nuestros paseos por los castañares, en los que iba solo con ellas, con ella principalmente; aun de la promesa del retrato suyo, que quedó incumplida, y tuvo la habilidad de no mentar a Nino. Pero yo, sí; yo, aunque abstraído, alucinado, embebecido con su conversación halagadora, debí sentir el influjo sobrenatural de aquel hombre que ya no existía; porque en lo recóndito de mi ser, se libraba una lucha misteriosa, inconfesada, supersticiosa tal vez, que me hacía torturante el halago de aquella mujer de quien me había enamorado, sintiéndome vivir con sus palabras, que envolvían promesas, y morir con las miradas de sus ojos, que alborotaban mis pensamientos.

Era como ciertos morbos fisiológicos que hacen doloroso el placer.

V

Cuando terminó la función en el teatro nos estaba aguardando en el vestíbulo mi amigo, que ya tenía dispuesto todo para la visita a la caverna y recogido a Perea, con su acompañante, un jayán agitanado, con el rostro lleno de cacarañas, que en las funciones populares tocaba toscamente la guitarra y cantaba con estilo, sentándose en el borde del asiento, alargando el pescuezo, que movía como si estuviera atragantándose, y golpeando con un palito en el fleje de la silla para marcar el compás, y nos marchamos por una serie de calles en cuesta que conducían a la cueva.

Cuando llegamos a la gruta hubo, por parte de las chicas de Rico, algo de resistencia para descender por la rampa de aquel antro; entonces la gruta no tenía las cómodas facilidades que el interés de un prócer ha conseguido, dotando la cueva de una buena entrada, de instalación eléctrica para que se admiran los detalles, y aun explorando salas que antes eran desconocidas o se llegaba a ellas con dificultades de leopardo.

Mi amigo y el guarda de la gruta iban delante con hachas encendidas, alumbrando el pasillo estrecho, hasta llegar a una amplia oquedad, la sala de las Conchas, en cuya estancia las concreciones calcáreas imitaban enormes caparzones de gigantes testáceos.

Como el paso al lago grande era entonces impracticable para las señoras, desistimos de llegar a él, y torciendo a la derecha fuimos Irene y yo hasta un

oscuro recinto, que alumbraba débilmente una alcandora, en el que había una laguna que la semioscuridad hacía parecer insondable; las aguas se ahocinaban en un boquete negro, por el que se esperaba ver aparecer la barca de Caronte.

Retrocedimos por el angosto pasadizo, y penetramos en el salón de la Muñeca.

Nada tan hermoso como aquella vasta estancia de columnas blancas como el pórfido, que formaban caprichosos areótilos y techo artesonado, de agujas cristalinas, que el reverbero de las hachas, amarillento o encendido, convertía en topacios, en onices o en granates.

Un rompiente, que la luz de acetileno convertía en glaciar de nieve, dividía la sala, y una puerta medio cubierta por enormes simulados flecos de topacios blancos, como los de la mina de Villabuenas en la provincia de Salamanca, daba paso a la gruta de la fuente.

Yo estaba maravillado; Irene, absorta, cogida de mi brazo, sentía estremecerse su cuerpo de emoción.

—Esto es sublime, Salvador; nunca vi nada semejante, y mirándome intensa, me decía con su voz rehilante: «¡Bien haya el instante que tu alma imaginó este momento!», y me pagaba con acariciantes halagos de sus pupilas verdes.

En un salón contiguo al de la Muñeca, que mi amigo llamaba de los banquetes, alumbrado con todas las lámparas y teas, lo que le daba un aspecto alegre y majestuoso, habían dispuesto el comedor.

En la losa más plana que encontraron habían tendido los manteles.

El refrigerio que improvisó Mari la fondista fué espléndido y sabroso: jamón de la tierra, salchichón, langostinos, mortadela, quesos y pasteles, vino blanco de Moguer, tinto de Rioja, manzanilla de Solera, Jerez de Misa y champán de la Viuda.

Irene me dió a beber de su copa, que aún tenía cálida la huella de sus labios húmedos.

El alfayate, deseando corresponder al obsequio, hizo al gitano negro que tocara sevillanas, lo que causó disgusto al viejo Perea, que se resignó con el desacato, y comenzó el sastre a bailar las seguidillas con Angelines.

—Canta, Irene—dijo Magdalena.

—No, no canto—contestó rotunda.

—Usted no sabe, Salvador, cómo canta flamenco esta muchacha. Anda, no seas pelma.

Yo quise instarla. «Ahora, no», me dijo, y no porfié...

El momento era de completa bebetría: cantaba el *rañado*, acompañándose la copla; tocaban las palmas el antiguo asistente, los camareros y el guarda de la gruta; barullaban, riendo, los bailarines, carleantes, y el albarrán de la Ribera, limpiándose el sudor copioso con el moquero de Magdalena, que ponía hecho una aljofifa, pedía, en los descansos de las coplas, seco de sed y con pesado bordoncillo: «Escánciame, copero.»

Irene y yo, para ver mejor la fiesta, fuimos a sentarnos en la penumbrosa oquedad de la fuente del Galápagos, donde, solo y entristecido, aguardaba con su guitarra el viejo concertista.

Irene, apoyada en una de las piedras de la entrada, cuyos refulgentes anaglifos, iluminados por las luces de la sala próxima, semejaban cascadas de plata; desnudos los mórbidos brazos, y la larga falda blanca ceñida a su cuerpo de nereida, me ofrecía el más hermoso modelo para hacer la fotografía deseada, y la solicité el cumplimiento de la promesa.

—Sí, sí; cuando quieras—me contestó, complacida—. Lo prometido es deuda, y

yo no quiero que me llames tramposa. Ese retrato es tuyo; para ti, sólo para ti.

—¿De veras?—la pregunté, halagado, mientras oprimía el obturador, apoderándome de su figura, que, como ella había ofrecido, era mía, mía como su pensamiento.

Hay en nuestra existencia momentos decisivos, críticos, en los que transcurre la novela de nuestra vida, vulgar o trágica, pero distinta de la que forja la fantasía; momentos fatales que determinan el tránsito definitivo de nuestra ventura o que la destrozan para siempre, y en aquella noche memorable iba a determinarse la mía.

Los bailarines, rendidos, jadeantes, al terminar la quinta copla, cayeron desmayados sobre las duras piedras, y se produjo el silencio, un silencio hueco, cóncavo, como la oquedad de la caverna.

Fué entonces cuando Perea, el viejo guitarrista, sintió el impulso reivindicador de su arte, postergado por el rasgueado grosero y vulgar del gitano, y comenzó a tocar.

Vibraban las cuerdas, heridas por los sarmentosos dedos del concertista; gemían las falsetas, se filaban las notas, arrastradas hasta el último traste, cual débiles suspiros de mujer; tremaban los bordones como imprecaciones horribles, de juramentos y blasfemias.

Irene y yo, por el mismo imperativo estímulo, nos acercamos al rápsoda; tocaba entonces una seguidilla gitana, larga, lenta, cordial, más tarde apasionada, henchida de celos... de rotundas promesas; después...

Yo había oído otra semejante, una vez que estuve en la feria de Talavera, el pueblo de mi padre. En los bancos de un paseo, entonces solitario, cantaba una gitana, que tenía sobre su halda, en el regazo, la cabeza de un mancebo, al que ensortijaba con sus dedos morenos los negros cabellos.

Así iba yo rificándoselo a Irene, como en un recitado, al compás de la música, reclinando, inconsciente, instintivo, en su halda mi cabeza, que ella acarició, como la gitana morena, mientras bajito, concentrada, en dehiscencia de amor, que la ocasión y el lugar determinarían en su alma apasionada, desgranaba esta copla en mi oído:

¡Por mi salud! ¡Míralas!
Quiero besarte en la boca
y atarazarme los labios
pa no besar nunca más.

Y refulgiendo las luciérnagas de sus ojos verdes, acercó los labios exangües y fríos a los míos, abrasados por la fiebre, y cayó desvanecida en mis brazos.

—¡Irene! ¡Irene!—la grité, lleno de terror y de angustia—. ¡Pronto, vengan, se muere!

Corrieron aterrorizadas las de Rico, mi amigo, los criados, y entre todos la sostuvieron para que no se hiriese.

Tomé agua fresca de la fuente, con la que rocié su rostro y lavé la sangre de sus labios, atarazados por sus dientes menudos, y tomándola en mis brazos, la sacamos de la gruta.

—Es el calor; esto está insostenible—gemía la mayor de Rico.

—La indigestión y la mezcla de los vinos—aseguraba el gitano.

—Y el pestazo de las teas—confirmaba el cortijero.

Precedidos de las antorchas, por aquella vía pedregosa y desigual, caminábamos, semejando el lúgubre tránsito de las viejas catacumbas.

El aire de la calle o la natural reacción del espasmo, volvieron al conocimiento a Irene, que, sopriendo con amargo afecto, tranquilizaba a sus primas: «Si no ha sido nada, nada; nervios; se

réñale, Angelines; os aseguro que no tiene importancia.»

Cuando pasamos por una de las calles cercanas a la fonda, nos detuvo el lúgubre tañido de una campanilla y la voz de un cofrade del rosario, que con tonillo monótono y peculiar cantaba. Desde la media puerta abierta de una casucha, mezcla de taberna y de prostíbulo, un borracho nocheño entonaba un cantar jocundo, profanando el dejo de las coplas del rosario.

VI

Apenas me vi en el cuarto de la fonda, deseando distraer mi espíritu impresionado por los acontecimientos de aquella noche, que excitaban mis nervios, haciéndolos vibrar como si todo mi cuerpo fuera una pila eléctrica, saqué cubetas y frascos, envolví la bombilla de la luz con un papel encarnado y, emocionado, comencé a revelar el retrato de Irene.

Tenía mis recelos de que me resultara un fracaso; la placa que había utilizado era una de las que se habían revuelto en el desorden de aquella noche que mi primo sufrió el grave accidente en Béjar, y no sabía si la que sumergí en la cubeta sería de las expuestas.

A los pocos instantes de caer el cristal en el revelador, una mancha gris comenzó a señalarse en el cliché; se fué ennegreciendo, y las líneas de la figura esbelta se señalaron, claras, detalladas, justas de exposición. Yo estaba loco de contento.

Pero de pronto, al lado de Irene, fué recortándose en blanco la silueta de un hombre.

Yo estaba seguro de que en la estancia no había otra persona, además de nosotros, que el viejo concertista, que se anonadaba en la profunda sombra de la oquedad de la fuente.

Un miedo sobrenatural comenzó a apoderarse de mí.

Tembloso, agitaba la cubeta, esperando que se desvaneciera aquella sombra que yo quise confundir con alguna estalagmita de la caverna; pero la figura se iba detallando y aumentándose mi espanto.

Impaciente, eché el negativo en el hiposulfito y busqué en mi cabás el paquete de bromuros; saqué una hoja; sin dejar que la plata se redujera por completo, lavé el cliché, humedecí el papel bromuro, y bien pegado a la placa, le metí en la prensa. Di un cerillazo y lo eché en el revelador.

Al instante una figura borrosa, esfumada, indecisa, de hombre, se señaló en el papel.

Era él, Nino, Nino, que, extendido su brazo por detrás del cuerpo de Irene, se me iba atrahiendo hacia él.

Su cara, desdibujada por la sobreexposición, cambiaba la expresión melancólica de su rostro en dureza de ira; las manchas de la plata, mal reducida, me parecían las nauseabundas florescencias que yo había visto en los cadáveres desenterrados.

En mi turbación, imaginé que la figura ibase agrandando, que salía de la cubeta; yo retrocedí hacia la puerta; la sombra me perseguía, arrojándose las palabras traidor, desleal; al llegar a la puerta, me pareció escuchar unos golpes dados por unos dedos sin carne, y la voz flébil, apagada, de Irene, llamando angustiada o confusa.

Se me nubló la vista, me flaquearon las piernas y caí desvanecido.

Cuando recobré el conocimiento, la luz del sol hendía las maderas del balcón con desgarraduras rojas; abrí las puertas de par en par, inundándose el cuarto de luz y de aire.

La placa del retrato estaba en el suelo hecha pedazos, y el fototipo, negro como el carbón, se hundía en el revelador.

Al momento, y poseído del terror que se había apoderado de mi cerebro enfermo, rehilando de pavor o de fiebre, salí de la habitación y de la fonda, y me fui a buscar al muchacho amigo mío.

Dormido a pierna suelta, me costó despertarle. Salí, y algo debió de ver en mi rostro, que me preguntó asustado:

—¿Se ha puesto usted malo?

—Sí, sí; no me encuentro bien; quiero marcharme en seguida con mi padre. ¿No sale ahora un coche de aquí?

—Sí, señor, ya mismo; pero yo me marchó con usted.

Me costó trabajo convencerle de que no me acompañara; le entregué dinero suficiente para que pagara cuantos gastos se habían hecho. «A las señoritas dígalas que me he puesto enfermo.» Y montando en una jardinera que salía para Jabugo, hui del pueblo, de ella y de la sombra de Nino, aquella sombra que me perseguía como nos sigue la de nuestro cuerpo.

Tras unos meses, bastantes, en el sanatorio del doctor Niemand, de Frankfurt, adonde me llevó mi padre, y de unas temporadas de baños en las aguas de Alange, quedé completamente curado.

VII

Después, no he vuelto a ver a Irene ni he querido de amor a ninguna otra mujer.

—¿Y ella?—preguntó, acucioso, Ferrito, un poeta casi niño, que escuchaba el relato.

—¿Ella?... quiero, necesito creer que tampoco.

Y requiriendo su capa madrileña, que

doblada tenía sobre una silla, se embozó hasta los ojos, y sin apenas despedirse, salió del café penetrando de golpe en la niebla fría y maciza, que se apelmazaba en la calle.

Como recitando una música que sonara dentro de él mismo, caminaba por la calle, musitando:

¡Por mi salud! ¡Míralas!

Quiero besarte en la boca
y atarazarme los labios
pa no besar nunca más.

Por delante de la opaca luz nimbada de un reverbero de gas atravesó una sombra.

Angel MENOYO PORTALES

Ilustración de Agustín.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

DOS LIBROS RECIENTES

El renacimiento de la novela en el siglo XIX

por

Eduardo Gómez de Baquero

("Andrenio")

PRECIO: 5 pesetas.

Obra interesantísima del primero de nuestros críticos

LA DANZA DEL CORAZÓN

por

JOSÉ FRANCÉS

PRECIO: 5 pesetas.

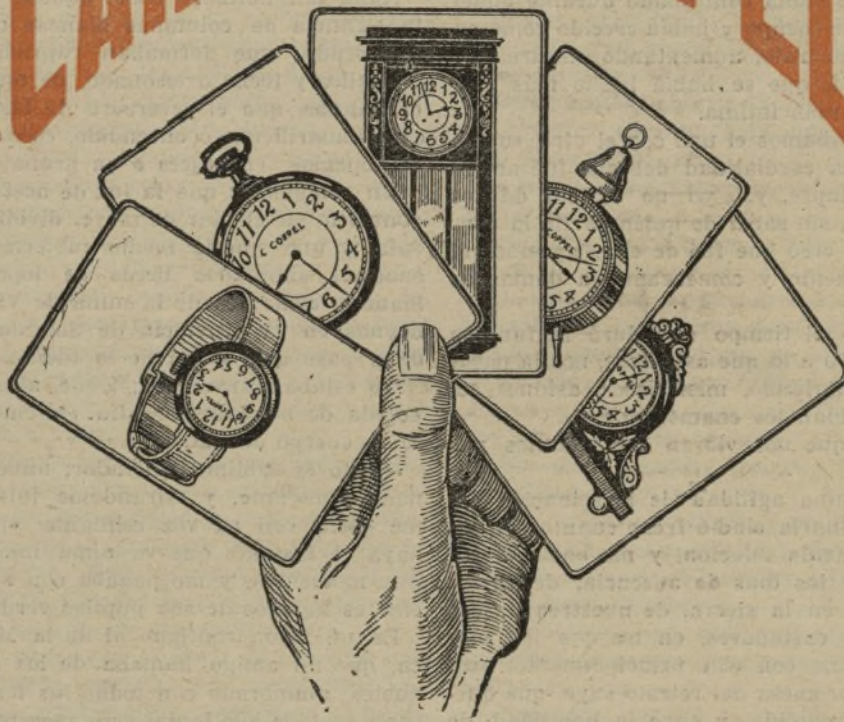
Novela admirable del gran escritor

En todas las librerías y en la

= CASA DEL LIBRO =

Pí y Margall, 7

CARLOS COPPEL



ESCUELA BERLITZ ARENAL, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán e italiano. — Clases generales e individuales. — Traducciones.



¡MUJER!

BELLEZA, PLACERES,
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD, ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y será usted dichosa